

Por un Tuit



Markel Varona Alangua





CONCURSO DE CUENTOS Y RELATOS BREVES

PARA JÓVENES de 14 a 25 AÑOS

PRÓLOGO

La literatura es, como pocas otras cosas, una vocación. Casi siempre nos acompaña desde niños, y adopta formas distintas: la etapa de la lectura voraz pasa a la de escribir por imitación, a adquirir una voz propia... quien escribe se construye al mismo tiempo que construye una historia. Es un privilegio y una alegría presenciar algunos de esos pasos en estos relatos; ojalá el tiempo nos traiga unos autores maduros, con una mirada única, con la invencible fuerza que una vocación exige y otorga. Mucha suerte y enhorabuena.

Espido Freire

Por un Tuit

Edita: Ayuntamiento de Vitoria-Gasteiz. Año 2017

Diseño y maquetación: Sinbait creaciones

Imprenta: Gráficas Ulzama



Markel Varona Alangua, 18 años

El protagonista de esta historia fue alguien completamente normal, alguien como cualquiera de nosotros, alguien que no sobresalió, alguien sin ambición, nada lo distinguió de la masa gris e informe del pueblo. Simplemente fue alguien.

Nació en una familia no acomodada, pero tampoco pobre, tuvo una infancia apacible y sin sobresaltos, cursó estudios sin caracterizarse por sus sobresalientes ni por sus suspensos. En lo que al amor se refiere, no cosechó demasiadas calabazas, aunque tampoco fue un donjuán; no tenía demasiados amigos, así y todo, los que tenía eran buenos, y cuando por fin, tras una adolescencia y juventud no más tortuosas que las de cualquier otro, le llegó el turno de incorporarse al mercado laboral, pudo encontrar un trabajo fijo en una sucursal de banco.

Jamás albergó la esperanza de llegar a ser conocido, es más, desechaba la idea como si de un perro tiñoso se tratara. Eso no era para él. Nada en su anodina persona le hacía sobresalir, él se sentía a gusto a la sombra de otros grandes hombres y nunca en la vida se le ocurrió hacer algo por iniciativa propia. Era el hombre más insulso e insignificante del mundo, salvo, quizás, por una cosa: Su sentido del humor.

Nuestro protagonista era un hombre ocurrente, de quien los chistes manaban como de una fuente, su humor caustico e irreverente causaba la risa de sus amigos y allegados, y el sonrojo e indignación de sus vecinos y conocidos. No obstante, jamás podría haber imaginado las consecuencias, cuando una tarde sentado solo en el sofá, decidió mandar aquel tuit.

A la mañana siguiente no le dio tiempo ni de llevarse el café a la boca para poder escupirlo. Tenía una miríada de notificaciones en Twitter, las primeras de las cuales eran simples muestras de desagrado por un chiste de mal gusto. Pero a medida que avanzaba por el *timeline* fue encontrándose con insultos airados de colectivos a los que, por lo visto, había ofendido. Con la garganta seca por haberse visto obligado a comerse el *croissant* sin café, entró en la oficina solo para estrellarse contra las caras pétreas de sus compañeros. Un tanto cohibido, se sentó en su puesto, rodeado de un silencio solamente interrumpido por alguna tos aislada y un velado “hijodeputa” de uno de sus estimados colegas.

Tras la larga e incómoda jornada, llegó a la calidez de su hogar y comprobó que a la creciente lista de insultos de particulares se le habían sumado organizaciones tan dispares como la Asociación de Padres, el Sindicato de electricistas o el Club de Petanca Provincial, uniendo sus voces para pedir su cabeza en una estaca. Ni que decir tiene que nuestro pobre protagonista se encontraba abrumado y completamente sobrepasado por la situación, así que decidió irse a la cama y esperó que a la mañana todo hubiera sido un sueño.

Por desgracia, a la mañana siguiente, más que con un sueño se encontró con una pesadilla. Atónito y ojeroso, descubrió que algunos políticos, nunca ociosos cuando se trata de arañar unos cuantos votos mostrando su “absoluto y contundente rechazo hacia cualquier tipo de injusticia”, arremetieron en bloque contra su tuit haciendo un alarde de unidad entre partidos jamás vista. Es bien sabido que los políticos



siempre están dispuestos a defender al más indefenso, y las quejas por un tuit tan irrespetuoso terminaron por llegar a las más altas instancias del gobierno. La respuesta no se hizo esperar, y desde la presidencia se lanzó un breve pero duro comunicado que condenaba vehementemente el tuit de nuestro protagonista a la vez que al propio autor.

Por si eso fuera poco, la pronta respuesta de la clase política se dio simultáneamente a la de dos de sus mejores amigas: la Iglesia y la Judicatura. La Santa Madre Iglesia, al tiempo que predicaba el amor al prójimo de modo conciliador, lanzó a todos sus ministros en contra del desconsiderado autor del tuit, organizando protestas, colectas, misas y más colectas. Los obispos ataviados con sus casullas bordadas, mantenían discusiones teológicas de alto nivel, y se subían a sus altos púlpitos condenando la ofensa provocada por un hombre “vil, abyecto y blasfemo” al cual excomulgaron.



En cambio, el Poder Judicial, demostrando calma e independencia, pidió que no se obrara precipitadamente, mientras decenas de fiscales denunciaban al autor del infame tuit por su intolerable insulto. Una vez más, los miembros del club de la toga demostraron que ningún crimen queda más allá de su punición, que nadie está por encima de la ley, y que esta es igual para todos.

A estas alturas, es evidente que nuestro incrédulo protagonista se hallaba aterrado. Ante él se alzaba, terrible y monstruosa, la bestia de la Opinión Pública, ese monstruo poderoso y sediento de sangre. Su sangre. El autor del desafortunado tuit era incapaz de pensar con claridad, y en medio de la voráGINE de sentimientos que le invadía, únicamente podía acordarse de sus amigos, esos que tanto se habían reído de sus gracietas, y que, en su hora más baja, no se dignaban a contestar a sus mensajes. Sumido en sus cavilaciones y profundamente dolido por el repudio de sus supuestos amigos, llamaron a la puerta: Era la policía.

Dos agentes de dos metros y pico de alto por uno de ancho lo escoltaron hasta el coche patrulla con cara de pocos amigos, mientras sus vecinos espiaban por la rendija de la puerta. A pesar de sus preguntas, no le dijeron a donde lo llevaban, y finalmente entraron en un edificio tan gris como el cielo de aquella mañana. Una vez dentro, lo encerraron en un calabozo más rápido de lo que se tarda en decir habeas corpus.

El pobre diablo nunca supo cuánto tiempo pasó en aquel frío agujero, pero, cuando volvió a ver la luz del sol, estaba de nuevo dentro de un vehículo policial, encajonado entre los hombros de sendos policías.

Sin embargo, esta vez le explicaron, con voz neutra y mueca de desagrado, que se dirigían a la presencia del juez. Cuando llegaron, lo empujaron a la sala abarrotada hecho un ecce homo. Su Señoría hizo callar a los concurrentes con un gesto, y se dirigió al acusado: “Este tribunal, habiendo sido revisadas y contrastadas todas las pruebas presentadas por la acusación, ha llegado al siguiente veredicto: Culpable de atentado contra la corrección política”.

El protagonista, desconcertado por el juicio sumarisísimo más propio de la Inquisición que de un tribunal democrático, sentía como las preguntas se le agolpaban en la cabeza. “¿Acusación? ¿Qué acusación?”, “¿Y mi abogado?”, “¿Cuál es mi condena?”. Cuando, una vez dictada la sentencia, una ovación cerrada silenció toda réplica que pudiera habersele ocurrido, supo que no había esperanza para él, agachó la cabeza y rompió a llorar.

Eran lágrimas de rabia, lágrimas de impotencia, lágrimas de un hombre al cual la opinión pública, convertida en juez, jurado y verdugo, había condenado, sin tener en cuenta el contexto, la opinión de quienes piensan distinto, ni al estado de derecho al cual dicen defender fervorosamente. Nuestro protagonista tuvo la desgracia de vivir en una sociedad cuyo umbral de la ofensa está por los suelos, que además, una vez



ofendida, busca la destrucción inmisericorde del ofensor. Nuestro protagonista pudo haber invocado su derecho a la libertad de expresión, sin embargo el público, convertido en una jauría rabiosa no habría cejado en su empeño de castigar al protagonista, y ya nada podía evitar su terrible destino. A lo largo de toda esta historia, se habla del protagonista en pasado, a pesar de que no murió. Aunque, ¿acaso fue su destino muy diferente?.

Markel Varona Alangua

